

# El Rol del Evaluador en la Sociedad

Julieta Traverso

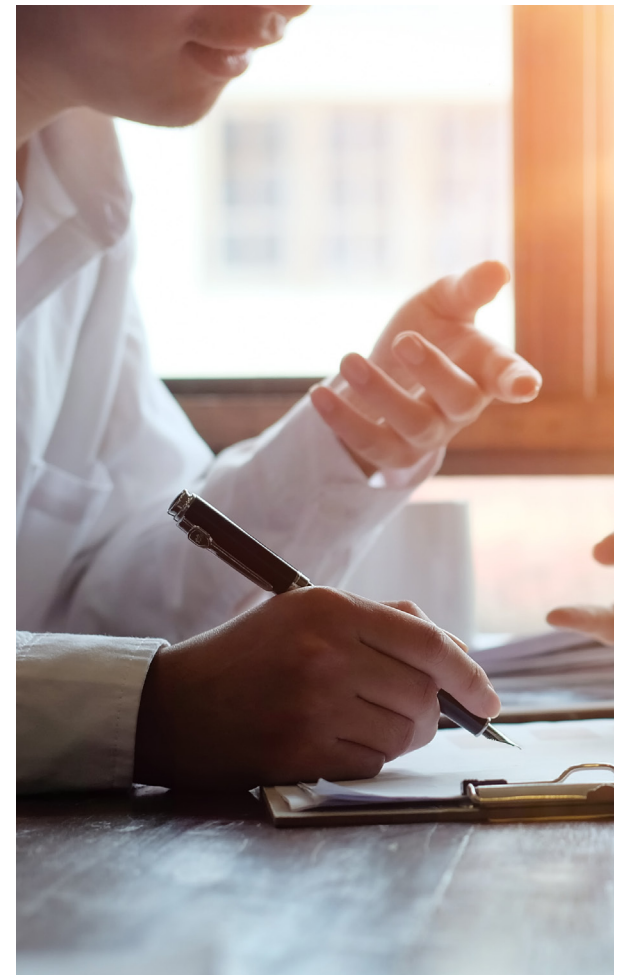
Si consideramos que la acción de evaluar es “emitir un juicio de valor acerca de algo” (House, 1994:20), quien evalúa tiene la responsabilidad de construir los criterios a los que debe responder el proceso de evaluación. En la actualidad, son muy pocos los profesionales que explicitan los criterios que utilizan para realizar sus juicios y la función de la evaluación parece estar subsumida a la calificación, muchas veces ignorando el proceso de aprendizaje, ya que la evaluación es un momento de corte en dicho proceso y que difícilmente pueda condensar todos los aprendizajes obtenidos hasta el momento.

La evaluación no es una novedad. Aparece por primera vez en China en el año 2000 AC como medio de movilidad social. Los individuos de las clases sociales chinas más bajas accedían a ciertos sectores más acomodados a través de un examen que decidía si eran aptos o no. En 1845 en EEUU se realizó una evaluación para determinar si las escuelas educaban bien a sus estudiantes o no. Aproximadamente en los años 30 Tyler profesionalizó la evaluación utilizándola como mecanismo para saber si se habían alcanzado ciertos objetivos o no. Se ensayaron diversos métodos, varios de ellos influenciados por la psicología conductista. Luego de la Segunda Guerra Mundial, hubo un período que Stufflebean caracteriza como de irresponsabilidad social (1980:35) ya que la sociedad era inconsciente de los prejuicios y de las consecuencias que generarían sus acciones en el futuro. Los aspectos técnicos de la evaluación se vieron desmejorados ya que no había interés en mejorar el sistema educativo o proteger a aquellos que estaban en una situación de vulnerabilidad. Entre el '50 y el '70 se le da nuevamente un papel significativo a la evaluación, mediante el examen de proyectos de currículos a gran escala y la exigencia de desarrollar métodos sistemáticos que permitieran abordar el sistema educativo para que responda a las necesidades sociales de la época y produzca una mejora. Finalmente, a partir de los años 70 comienza la era del profesionalismo en la evaluación, ampliando el número de artículos y libros que existían hasta el momento, convirtiendo la evaluación en un

tema científico merecedor de programas y talleres especiales que trabajen su metodología, sus técnicas y las investigaciones acerca del tema. Esta disciplina aún sigue en desarrollo, fundamentalmente en países como Chile, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, entre otros. Stufflebean menciona algo que es importante no perder de vista: “(...) debe ponerse énfasis en conseguir que la metodología responda a las necesidades de los profesionales y de aquellos a quienes sirven” (1980:42). Queda claro que hay que la importancia del papel la evaluación y la profesionalización de quienes la llevan a cabo, siendo necesario otorgarles un espacio vital en el desarrollo social y cultural de los distintos grupos sociales.

Los evaluadores son profesionales que deben “estudiar las necesidades de sus clientes, evaluar los métodos que proponen o utilizan otros, seguir de cerca el desarrollo del servicio, valorar los resultados a corto y largo plazo y buscar modos de que los servicios sean cada vez más eficientes y efectivos” (Stufflebeam, 1993: 17). Esto significa que para emitir sus juicios deben hacer un estudio amplio y sistemático de lo que pretenden evaluar, lo que lleva a pensar la evaluación como un proceso consustancial a la toma de decisiones, considerando esta acción para mejorar una determinada situación. No se reduce al aula o a la evaluación educativa, la evaluación se puede aplicar a un sinnúmero de situaciones, como por ejemplo optimizar los recursos que hay en un determinado lugar o un juicio de expertos acerca de una determinada institución o programa. Es importante mencionar que para evaluar es imprescindible, según House, seleccionar normas de valoración acordes al contexto de lo que se va a evaluar. Esto se relaciona con la necesidad de establecer criterios claros para poder realizar un juicio válido y confiable.

En la actualidad, el evaluador es visto como una especie de presencia maligna, la cual, a través de sus acciones, aparece para sancionar a los evaluados, cualquiera sean estos. Como la evaluación es vista como

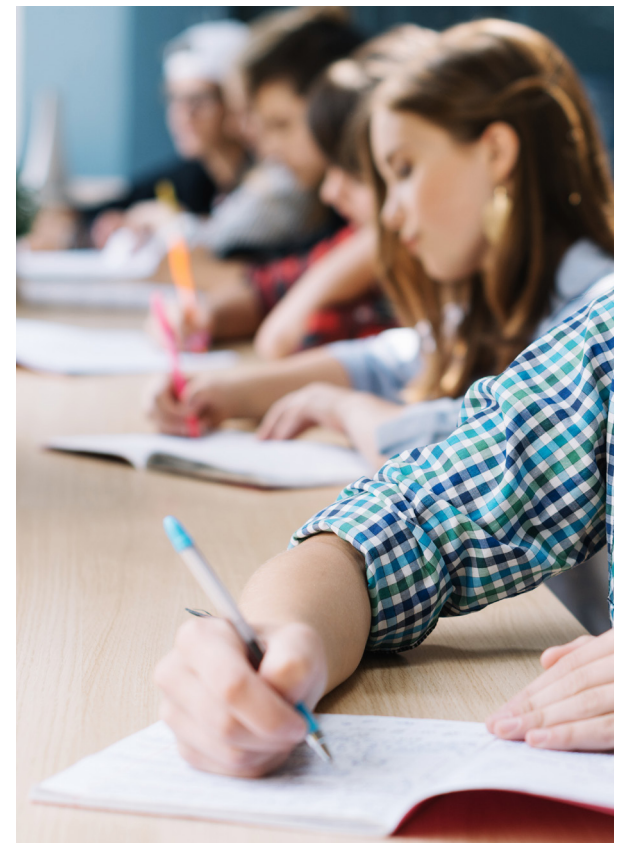


algo negativo, por regla transitiva la persona que la lleva a cabo también. Sin embargo, aquel que evalúa es llamado por la audiencia principal (el cliente) para mejorar un estado de situación frente a un contexto que suele resultar problemático. Se realizan contratos donde se asegura que la evaluación no va a resultar perjudicial para los afectados por ella y se establecen ciertos criterios a priori que deben respetar tanto los clientes como los evaluadores. Es cierto que la tarea del evaluador es necesariamente ingrata, pero realmente muy necesaria, ya que la mirada de un tercero imparcial frente a una situación conflictiva suele contribuir con aristas que los involucrados no habían tenido en cuenta. El evaluador debería ser un agente social más en la esfera de los profesionales que constituyen las ciencias, sin embargo rara vez se lo considera como un actor siquiera existente, sino que se lo asimila a un “calificador o acreditador”

Los evaluadores deben construir los instrumentos para llevar a cabo su tarea, enmarcado en los objetivos que se han planteado. El problema que muchas veces surge es que dichos lineamientos no son claros o en algunos casos, la desconfianza que tienen los evaluados no permite que la acción se lleve a cabo en su totalidad. En Argentina en particular hay un temor generalizado a las palabras como “evaluación” o “medición” porque se las asocia con justificativos de prácticas perjudiciales para la sociedad. Además se suelen utilizar los enfoques cuantitativos por sobre los cualitativos, anulando el contexto de los espacios sobre los que se emiten los juicios y eso ha llevado que a lo largo de la historia la sociedad resista diversos intentos de evaluaciones. Vale mencionar un aspecto importante para el evaluador: su ética. Frente al proceso de evaluación, quien lo lleva a cabo debe comportarse de manera similar al antropólogo durante su trabajo de campo. Si bien responde a una audiencia principal a la cual le debe informes, debe tratar su trabajo con suma discreción y precaución, ya que la confianza o rapport que se debe establecer entre evaluadores y evaluados es fundamental para

la tarea que los primeros deben llevar a cabo. Debe asegurarse que su labor no va a resultar nociva para ninguno de los involucrados, debe respetar aquello que le dicen, debe realizar un proceso de extrañamiento, esto es, alejarse del objeto estudiado para verlo desde otro lugar diferente del cotidiano. Esto último tiene importancia sobre todo cuando el evaluador está involucrado con el objeto sobre el que está realizando la acción. Es fundamental también una comunicación fluida con todos los involucrados, en especial con el cliente, para que este conozca el proceso y los análisis de los datos, para permitirle tomar la mejor decisión posible.

Si lo pensamos a nivel escolar, la escuela funciona como un microcosmos que refleja diferentes problemáticas sociales. En el paso por las diversas instituciones educativas, se enseña que lo importante es la calificación, no el aprendizaje. Se estudia para aprobar en vez de para aprender y eso genera que los contenidos tengan un lugar secundario. Vale mencionar que la situación de examen se vuelve un instrumento de castigo y en una situación de angustia, que poco tiene de proceso para evaluar logros. Pensando a nivel macro, cuando se evalúa algo más general, no parece importar el proceso o los logros alcanzados a lo largo del proceso, sino los resultados finales, donde quienes pidieron la evaluación pueden tener criterios bastantes arbitrarios para juzgarlos. La evaluación profesional tiene puntos en común con la evaluación escolar: ambas deben ser continuas, permanentes y cooperativas, esto significa que hay que llevar un control y un seguimiento de los aspectos que se pretenden someter a examen y se debe tener comunicación con los involucrados en el proceso. También hay que construir un instrumento acorde para ambas situaciones, siendo coherentes con los objetivos propuestos. Se deben realizar pruebas de confiabilidad y validez para asegurar que el elemento tiene la estructura adecuada y que permite la medición de lo que se pretende evaluar.



Sin embargo, en el caso de la evaluación escolar nada de esto ocurre. La mayoría de los docentes no sólo no tienen formación en evaluación, sino que examinan y califican, como dice la profesora Dorato, “al ojo del buen cubero”. Esto significa que no hay una razón profesional por la cual el docente distingue con un cinco o un seis a un alumno, sino que lo hace por alguna aproximación intuitiva y en base a una gran cuota de subjetividad. Así como en la evaluación profesional los evaluados deben confiar en el evaluador y generar una relación de respeto mutuo, los alumnos también deberían confiar en sus docentes y saber que la evaluación es un aspecto más del proceso educativo que debería servir para mejorar. No obstante, la situación de examen se transforma en un medio de castigo, que genera angustias y ansiedades, que genera situaciones tensas y que se utiliza también, vale decir, como mecanismo de control negativo sobre la población estudiantil.

Queda claro entonces la necesidad de capacitar y formar a los docentes en este aspecto tan fundamental del proceso educativo. Y aún más, formar evaluadores en general en todas las áreas de la ciencia, ya que, como dijimos antes, evaluar se trata de medir, conocer, examinar diversos aspectos de una realidad para mejorarla. En conclusión, creo que importante hacer hincapié en resignificar en el imaginario colectivo las palabras como examen, evaluador, evaluación, medición, control. Hay que comenzar a hacer un trabajo sociocultural sobre los prejuicios instalados acerca de estas palabras, acerca de su negatividad y del supuesto perjuicio social que conlleva una evaluación. Es cierto que la evaluación mal aplicada y mal instrumentada puede tener consecuencias desastrosas en los espacios que se están evaluando, pero ese peligro lo tienen todas las disciplinas y no por eso se deja de hacer investigaciones en medicina, física y antropología. Se hace necesario incorporar al vocabulario de las nuevas generaciones las palabras

mencionadas arriba como algo cotidiano, asociado a un aspecto más de su educación o de su espacio laboral y no a una especie de siniestro momento que puede complicar su tránsito en cualquier establecimiento, sea educativo o de otras características. Es ineludible señalar que evaluar no es sólo calificar, ese es un aspecto más de la tarea del evaluador y que existen técnicas profesionales que permiten dar una calificación mediante procedimientos estandarizados, tratando de reducir la subjetividad con la que se manejan muchos de los que tienen a su cargo la tarea de calificar.

No menos importante es conferirle al evaluador un espacio en todos los establecimientos, públicos y privados, educativos o no educativos, para que pueda aportar con sus conocimientos y herramientas al avance auténtico de la institución que lo recibe. Es hora de debatir y resignificar esa mirada negativa que existe sobre la figura de quien evalúa, esa desconfianza casi “natural” que pesa sobre ella. Comprender que el control y la medición no son algo negativo, sino que son parte de los procesos que tienen como objetivo el bienestar de los involucrados, puede ser un punto de partida para despojar a los evaluadores de ese halo negativo que los rodea. Si evaluar es emitir un juicio de valor acerca de algo, no es necesario pensar que ese juicio deba ser nocivo. Sin embargo, socialmente hablando pareciera ser la única opción posible. Cabe preguntarse, entonces si no es la sociedad la que, a través de la demonización de esas palabras, no está reflejándose a sí misma. Queda por ver si las próximas generaciones verán una profesionalización de la evaluación, para así, adquirir de manera positiva las palabras que le resultan tan temibles a las actuales.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

- Diaz Barriga (1990) Estudio Preliminar. En Didáctica y Evaluación. Ed Diálogos.
- House.E.R (1994) Evaluación ética y Poder. Madrid. Morata.
- Stufflebeam.D, et all. (1993). Cap I: Introducción a la Evaluación.
- En Evaluación Sistemática (pp17-53). Madrid. Paidós